

tener más puras puesto que las necesidades no irán cambiando palabras y extranjerizando mutuamente los idiomas.

Si fuera dado que en nuestro tiempo se hablara el Volapük ¿quién pudiera impedirnos transmitir á la generacion venidera con encargo de trasmitirlo á su vez á las sucesivas, el riquísimo tesoro del idioma castellano? Infiltrado está en nuestra médula; encariñados estamos con las galanas y caballerosas frases que el gran Cervantes puso en boca de D. Quijote; con los castizos refranes que hizo pronunciar á Sancho Panza; con las energicas palabras que Calderon compuso los arranques vigorosos de Segismundo; con la fluidez cadenciosa que más tarde hiciera Zorrilla galantear á su Tenorio; con la elocuencia sublime que dichosamente en nuestros dias el principe de los oradores, el inimitable Castelar arroba el corazon, cautiva el ánimo y seduce la inteligencia llenando de legítimo entusiasmo á los españoles al ver como combina la poesia de la naturaleza con la poesia de la ciencia y engarza en sus discursos palabras que parecen perlas finísimas y granos de oro de mágico ocultísimo tesoro por él adivinado, ó entreteje frases que tienen los colores y el perfume de fragantes purpurinas flores de pensil desconocido.

De este lenguaje hermoso que tantas maravillas se han formado, balbucearon nuestros labios sílabas sencillas en la infancia; de este lenguaje patético y sublime serán las últimas entrecortadas frases con que imploraremos á Dios en nuestra agonía.

Pero el arrebató lírico de nuestro mal contenido entusiasmo, no ha de ofuscarnos hasta el extremo de proscribir una idea útil, un plan soberbio y de suma trascendencia.

Podemos muy bien emplear para sentir el castellano; para negociar el Volapük.

DOS PALABRAS.

Ha llegado á esta redaccion, por conducto desconocido, el trabajo adjunto que publicamos con sumo gusto aunque su autor guarda el incógnito; porque, la elegancia del estilo que nuestros lectores apreciarán facilmente, y el sinnúmero de bellezas literarias que encierra, si n títulos más que suficientes para justificar su insercion en nuestras columnas que con él se verán muy honradas.

Pero, sea quien sea, no podemos guardar silencio al leer los elogios excesivos que nos tributa y que por ningún concepto merecemos; aun más, creemos que el deseo de alabarnos, pudo, si bien en pequenísima parte anublar un tanto la brillantez del florido exordio acumulando lisongeras frases. Las agradecemos sinceramente, pero le suplicamos del mismo modo que si por segunda vez nos hace tal merced nos juzgue con menos bondad, que acaso su cariño en el decir pudiera dar lugar á maliciosas interpretaciones por parte del público.

La índole del trabajo es tal, que aun cuando nos consideremos, no ménos que otros, necesitados de sus consejos que á todos se dirigen, aplaudimos su intencion sana en demasia y procuraremos demostrarlo con nuestros actos.

ESTO HACE FALTA.

Aunque no estamos acostumbrados á pisar los ardientes arenales de la lucha periodística, nos sentimos algo inclinados á sacudir nuestra apatía, cuando varios amigos pusieron en nuestras manos EL ECO DE VALDEPEÑAS, á quien no escatimaremos fervientes aplausos desde el modesto rincón en que nos tiene aprisionados el destino, si, como esperamos, responde á la benéfica y elevada mision que ha tomado á su cargo.

Persuadidos estamos de que EL ECO no ha menester nuestras débiles fuerzas, porque tiene á su lado hombres de sana virilidad, desinteresado patriotismo y sobrada competencia literaria para conservar sin mancilla el programa con que hizo su primer saludo al pueblo de Valdepeñas.

Sabemos tambien que una espirante candela no puede prestar mucha luz al lado de

lámparas potentes que irradian por todas partes vivísimos fulgores, y que es muy poca la fragancia de la humilde violeta junto á las gallardas flores en que diéronse amorosa cita los colores más delicados y los más exquisitos aromas; pero al fin, siempre podrá servir ésta para prestar algun perfume al oloroso pensil, y aquella para aumentar tenuemente el foco de irradiacion. Bajo estas ligeras comparaciones hednos aquí con nuestra empolvada pluma para recordar á nuestros paisanos lo que *tanto nos hace falta*, si hemos de levantar de nuestro pueblo ese manto de postracion y orfandad en que le tenemos envuelto como en fúnebre sudario.

Los pueblos, en nuestro humilde entender, no son grandes por sus muchas bayonetas; ni por sus máquinas bélicas, ni por sus dilatadas fronteras, ni por sus relaciones mercantiles, no; ahí está la historia de todas las edades y de todos los países: si los hijos valerosos de nuestra antigua Sagunto y Numancia salieran de sus gloriosas tumbas, ya se encargarian de decirnos, que no son estos elementos la base fundamental de la grandeza popular: los pueblos sólo son grandes, cuando saben derramar su sangre en aras de la independecia, y morir si fuese preciso, en medio de las hogueras antes que entregar al enemigo el tesoro de la union.

De nada sirve que la fama, desde las costas cantábricas hasta los confines de la Bética, y desde la antigua Lusitania hasta la florida ciudad del Gid, repita con su clarín penetrante, que somos ricos por nuestro suelo; poco importa que nuestras producciones vinícolas lleven nuestro nombre á los mercados más firmes de Europa y América; porque al fin y al cabo esto podrá llenarnos de oro; pero no hay que olvidar la desgracia de aquellos pueblos que se contentan con vivir acurrucados ante este idolo deslumbrador, sin acordarse para nada de armonizar su vida íntima ni de vigorizar sus fuerzas vitales. Los pueblos que sólo respiran ambiente saturado de *metal*, tienen metalizado su organismo, de un organismo metalizado sólo debemos esperar la divinizacion del egoismo, y dónde el egoismo ha implantado su funesto sòlio, no hay que hablar de generosos arranques, de benéficas empresas, de miras elevadas, de progreso intelectual ni de perfeccionamiento moral.

El egoista es una estúpida deidad que sólo escucha el canto innoble de la adulacion, que en todas partes se desvive por tener el número uno, que se cree un gigante en las diversas esferas sociales cuando es un ridículo pigmeo, siempre tiene su cabeza erguida sobre los demás, á la manera que el olmo levanta su soberbia copa entre las flexibles mimbres que están besando su tronco; y en una palabra, el egoista, no cesa de fustigar á las clases que tiene debajo, porque sólo vé en ellas un rebaño de abyectos esclavos.

Caiga, pues ese funesto egoismo como padre legítimo del más negro despotismo; caiga, pues, esa divinizacion del oro que está matando nuestro halagueño porvenir, y arriba la abnegacion, el sacrificio y la concordia popular.

Preferimos ser pobres con union amorosa á ser ricos con escisiones egoistas y denigrantes.

Es indudable que nuestro pueblo, favorecido por la fortuna, tiene mucho adelantado para conquistarse el puesto de honor con que le brindan los adelantos sociales; para esto es preciso desnudarnos de los asquerosos andrajos del *yo*: es preciso que nuestras aspiraciones tengan por punto de convergencia el bien general; es preciso posponer nuestros medios personales al interés común; es preciso que la cabeza y los piés se presten mutuamente su franco y constante apoyo; es preciso mirarnos sin prevencion y entendernos con lealtad; es preciso unirnos

para comer juntos el pan de la alegría y apurar inseparables el cáliz de la tribulacion.

Comprendemos que la descarnada silueta de la política ha de pedirnos el *alto* en nuestra marcha; pero si todos nos inspiramos en las conveniencias locales, en nuestra paz interior y en nuestro deseado bienestar, entonces tendria que enmudecer ruborizada y rebasar nuestras murallas para sembrar sus enconos en otros pueblos más incautos. Y no se entienda por esto que es nuestro ánimo diezmar á nuestros paisanos sus derechos legales, no; lo que queremos es, que la política esté avasallada al engrandecimiento de nuestro pueblo; que nuestros convecinos no sufran el yugo ominoso de nuestros rencores políticos; que al intentarse alguna mejora de utilidad pública, no disientan los partidarios de Dario de los secuaces de Alejandro, por más que cada cual se retire luego á su campamento; que desaparezca esa menguada aspiracion de mandar y esa resistencia á obedecer; que la barquilla de nuestra administracion vogue majestuosa al través de los escollos en que pudiera estrellarse. En una palabra: lo que queremos es, más inteligencia en los de arriba, más armonía en los de abajo, más concordia entre los de arriba y los de abajo, y más caridad entre los de abajo y los de arriba.

Y cuando el horario de las contingencias humanas señale este dichoso momento, entonces diremos con toda la fuerza de nuestros pulmones; *Valdepeñas es un pueblo vigoroso, grande y feliz, porque ha sabido procurarse la union de todos sus hijos! Esto hace falta.*

CANDELAS.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

No hay nada tan hermoso como el bello despertar de la aurora ni nada tampoco comparable á las dulcísimas emociones que siente un condenado, cuando despues de noche sombría y tormentosa, de rudo batallar de su alma pensando en la sentencia fatal, le anuncian su libertad. Y así como los primeros pálidos resplandores de la luz disipan las sombras de la noche y la negrura y oscuridad del cielo tórnanse en ese azul purísimo y diáfano que nos extasia, así la frente del preso se calma y se serena, y la negrura y oscuridad de su alma, en cuyo fondo quizá surgian relámpagos de ira y de venganza contra sus hermanos, tórnase en apacible tranquilidad, escapándose de sus labios plegaria fervorosa de arrepentimiento y amor.

Refiérome al indulto que el gobierno actual ha concedido á los periodistas por delitos cometidos en la prensa, medida de reparacion y de justicia y que nosotros sinceramente aplaudimos desde las columnas de este humilde semanario. ¡Qué la libertad como la religion no consisten esencialmente en fórmulas y actos externos, puesto que radica en la parte más noble del hombre, en la conciencia, en el pensamiento! *Felittosa tempora*—decia ya Tácito—*ubi sentire que vis et que sentias dicesse licet*. No hay libertad posible, sin la de pensar libremente y la de decir libremente lo que se piensa.

El sábado se celebraron los funerales del rey en la Iglesia de San Francisco el Grande, recientemente restaurada, y han sido un verdadero acontecimiento... artístico. El barullo—han dicho los periódicos de la capital de la regencia—que producen los funerales del rey, no otra cosa se debe que alfan por oír á Gayarre.

Así más que á orar fervorosamente por el alma del que fué rey de España, han ido los aficionados al divino arte, á oír al más